

**LIBROS**

**Teoría de la alienación**

La publicación de los **Manuscritos Económicos y Filosóficos** de Marx, en 1930, es decir, casi un siglo después de que fueran escritos, constituyó una auténtica revelación (y en cierto modo también una revolución) para el pensamiento marxista. Era como si por fin se hubiese encontrado el eslabón perdido de la cadena que unía al Marx filósofo de la época de la ruptura con Hegel y Feuerbach con el Marx científico de la madurez: el inflexible analista de los mecanismos económicos del capitalismo. Los **Manuscritos** arrojaban de pronto nueva luz sobre una categoría en la que apenas se había fijado el marxismo ortodoxo: la de alienación.

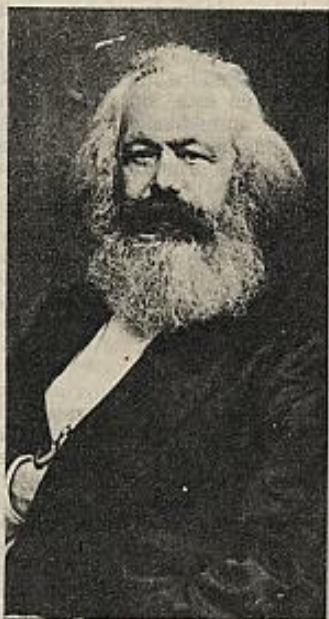
En la sociedad capitalista, caracterizada por la división del trabajo, la propiedad privada de los medios de producción y la mercantilización de los productos, el obrero era víctima, según Marx, de una triple alienación: respecto de su trabajo, cuyos fines escapaban enteramente a su control; respecto del producto de su trabajo, que no le pertenecía a él, sino al empresario; respecto de sí mismo, y por consiguiente, también, respecto de los demás hombres, a los que sólo estaba unido por relaciones mercantiles.

Como sabemos, tanto el marxismo dogmático de corte stalinista cuanto, por otras razones, algún marxista occidental como Louis Althusser han recusado, sin embargo, esa idea central de los **Manuscritos**, que se resume bajo el concepto de alienación. Para ellos se trataría de una especie de "pecado juvenil" hegeliano del que afortunadamente pronto se arrepentiría el autor de **El Capital**. Tal punto de vista ha sido a su vez rebatido, entre otros, por Lucio Colletti (véase, por ejemplo, su introducción a los **Escritos juveniles** de Marx en **La cuestión de Stalin...**) (1), quien afirma que el concepto de alienación no sólo reaparece varias veces en los **Grundrisse**, sino también —aunque el autor habla más propiamente de "fetichismo"— en **El Capital**.

Igual parecer, aunque con matizaciones, manifiesta el so-

ciólogo sueco, de origen alemán, Joachim Israel en su **Teoría de la alienación** (2), que constituye un ambicioso estudio de la evolución de ese concepto y otros equivalentes, como el de cosificación en el propio Marx, en el Lukács de **Historia y conciencia de clase**, así como en la obra de sociólogos de distintas corrientes.

Israel señala, por ejemplo, la ausencia de esa categoría en los escritos de Max Weber (quien, sin embargo, influiría poderosamente en Lukács con su teo-



Carlos Marx.

ría de la doble racionalidad), pero la reencuentra en Simmel, y también, aunque bajo el concepto de "anomia", en Durkheim.

La alienación es una idea asimismo central en la obra de ciertos "críticos sociales" como Fromm, Marcuse y Wright Mills, aunque aquí aparezca sobre todo como resultado de conflictos de tipo psicológico entre las aspiraciones del individuo y las exigencias o imposiciones de una sociedad cada vez más tecnificada y totalitaria.

Más limitadas en cuanto a alcance, las teorías "reformistas" de la sociología empírica norteamericana (Seaman, Blauner, Goldthorpe) ponen el acento principalmente en el estado psíquico de los individuos sometidos al trabajo en cadena en la industria moderna. Como señala Israel, estos sociólogos no critican el sistema, sino que se limitan a señalar sus "disfunciones".

Al final de su repaso a las distintas teorías sociológicas, siempre en busca del empleo que en ellas se hace del término de "alienación" o cualquier otro equivalente, Israel formulará su propio proyecto teórico, para el que se inspira en la que el propio autor califica de "segunda teoría de la alienación" de Marx, que ya no se fundamenta, como la primera, la de los **Manuscritos**, en ciertas premisas de valor sobre el "hombre ideal" y la "sociedad ideal", sino que, liberándose de presupuestos casi metafísicos, se limita a constatar un proceso social en el que las relaciones entre personas adoptan el carácter de relaciones entre cosas. Israel propone sustituir, pues, el concepto demasiado ambiguo y no exento de ribetes psicológicos de "alienación" por el más limitado y también más preciso —y estrictamente sociológico— de "cosificación", ampliamente desarrollado por Lukács.

La teoría de la cosificación de Israel, que da cuenta de ese fenómeno, lo mismo en las sociedades capitalistas como en las burocracias socialistas, se basa en la relación asimétrica de poder entre el capitalista, "manager" o burócrata, según los casos, y el productor-consumidor. Independientemente del tipo de sociedad —capitalista o socialista burocrática—, el control, o lo que es lo mismo, la toma de decisiones respecto de los procesos de producción o distribución, se ejerce a través de corporaciones especiales cada vez más centralizadas y opacas. En el polo opuesto, el obrero es visto como un mero objeto útil para el logro de beneficios de la empresa en su doble calidad de vendedor de fuerza de trabajo y comprador de valores de cambio (consumidor).

Israel señala cómo la actuación racional instrumental (Weber) se ha convertido en una ideología, y la ciencia y la tecnología son cada vez más instrumentos de opresión y dominio social. Se trata, en resumidas cuentas, de una especie de círculo vicioso por el que "el consumo se convierte en condición necesaria para la producción racional, que, a su vez, permite las inversiones exigidas para una producción aún más racional". De ahí que la solución no estriba en la simple abolición de la propiedad privada de los medios de producción, sino que es preciso eliminar al mismo tiempo toda concreción burocrática que impida al hombre "definir sus propios fines a través de procesos democráticos de decisión, y esforzarse consistentemente para lograr esos fines". ■ JOAQUÍN RABAGO.

**"La marginación de la pequeña y mediana empresa"**

Está de actualidad el tema. El período franquista se caracterizó por un abandono displaciente de los problemas de la pequeña y mediana empresa. Ese régimen político pretendió en su legislación, con la concesión de privilegios, favorecer la concentración y fusión de empresas para hacerlas grandes. Y no atendió, en cambio, al problema —hoy claro en Europa— de un buen desarrollo de este tipo de empresa menor, que tiene importantes ventajas sobre las más grandes en el futuro económico-social del mundo.

La tónica mundial es la de descentralizar y subdividir los grandes conjuntos empresariales en otros más pequeños inteligentemente coordinados sin absorberlos. Por eso el libro de Menéndez Rocas (1) es muy oportuno: viene a cubrir un hueco evidente en la escasa y poco difundida literatura técnica sobre el problema.

Tan importante es la cuestión que todos los partidos —y especialmente los de centro, como UCD, y de izquierda, como PSP, PSOE, PC, ORT y PT— se han preocupado por este tipo de empresa no sólo en el momento presente, sino también para el futuro de una sociedad distinta de la actual.

Sin embargo, el proyecto de Constitución es en este punto insuficiente a todas luces. No alude siquiera a la pequeña y mediana empresa como factor decisivo de una nueva y satisfactoria organización económica de la sociedad, cosa que debía hacerse, sobre todo después de salir del verticalismo y del colosalismo empresarial del período dictatorial anterior, y que perdura equivocadamente en la mente de muchos.

El libro de Menéndez Rocas —economista especializado en el tema, y responsable en UCD de la problemática de la pequeña y mediana empresa— es una breve obra divulgatoria que puede ser útil al empresario, ya que desconoce éste, por lo general, lo más elemental del tema, que, por otro lado, a él le debe interesar vivamente en la actual coyuntura de paso hacia una sociedad democrática.

En sus diferentes capítulos —después de una densa introducción— se abordan brevemente, pero de modo suficiente, la

(1) La cuestión de Stalin y otros escritos sobre política y filosofía. Con prólogo de F. Fernández Buey. Anagrama (Elementos Críticos). Barcelona, 1977.

(2) Teoría de la alienación, de Joachim Israel. Península (Serie universitaria). Barcelona, 1977. Traducción: José Francisco Ivars y Pilar Esterlich.

(1) César Menéndez Rocas: La marginación de la pequeña y mediana empresa. Ed. Mañana. Madrid, 1978.

definición de lo que sea una pequeña y mediana empresa, cosa poco clara en la mente de muchos, ya que sólo se suele atender para definirla a criterios cuantitativos y se suelen olvidar los criterios cualitativos, mucho más importantes.

Precisamente la independencia de los grandes grupos financieros, oligopolíticos, multinacionales y estatales es la característica más importante y decisiva que debe entrar en la definición de la pequeña y mediana empresa. Porque puede ocurrir que una empresa comercial de cien trabajadores pertenezca a una multinacional, y —en este caso—, a pesar de su pequeño tamaño, no podría ser considerada entre las pequeñas y medianas empresas, ya que su orientación y su política comercial o industrial dependerían no de su pequeña estructura, sino de una gran organización empresarial multinacional con criterios de gran empresa.

A través de los restantes capítulos se estudia sucintamente la situación de este tipo de empresas en otros países, su organización, financiación, política empresarial, política fiscal y crecimiento. Termina este libro, de 120 páginas, con tres Apéndices: el Instituto de la Pequeña y Mediana Empresa, un organismo que está en ciernes y puede ser muy importante para el empresario si se orienta y estructura bien; se explica también en qué consisten las Sociedades de garantías mutuas, que pueden ser un cauce de apoyo a la realización de operaciones grandes que hoy no pueden llevar a efecto estas empresas con sus propios medios, y, por último, se dedica un Apéndice al **Facto económico de la Moncloa**, en el cual, catorce veces se alude a los apoyos que debe recibir la pequeña y mediana empresa, y que todavía no hemos visto cumplidos. ■ E. MIRET MAGDALENA.

## Carlos Barral: Memoria, culpa y escritura

Creo que lo único sensato de todo el *affaire Semprún* era que presentaba sus Memorias como si se tratara de una novela: invitaba a una lectura inocente, distante, ajena. Esa discusión precedera e inútil que se establece siempre entre el lector y los libros de Memorias al único nivel ilícito en literatura: al de la realidad. *Los años sin excusa*, segundo tomo de las Memorias de Carlos Barral, puede desatar los mismos errores, la misma extraña polémica.

Como una novela, pues, prefiero leer *Los años sin excusa*. O como unas Memorias de otros tiempos, que me involucran como el diario de Kafka o el de Anaïs Nin.

Se trata, pues, de un personaje, editor, escritor, poeta, en la España de los años cincuenta. El texto, supuestamente escrito casi veinte años después, habla de un personaje-autor de alguna manera en la atalaya de todas las virtudes o en la de todos los vicios. Quiere esto decir que, como en la mejor tradición de la novela española, en la picaresca, el personaje habla del pasado, pero no cuenta una historia lineal en presente: se sirve de esa experiencia, desde la infancia, desde los orígenes, para explicar su situación actual. Se coloca fuera, como el Guzmán de Alfarache, como el Lazarillo: más allá del bien y del mal, y cifra la experiencia sufrida en la herencia cultural recibida, en el mundo heredado y manifiesto, las claves para la comprensión del hombre que, al final, se escapa gloriosamente de cualquier juicio moral.

Carlos Barral cuenta la histo-



Carlos Barral.

ria cerrada de una importante empresa y de cómo ésta hizo agua. Era la invención y puesta en marcha de una cultura, en torno a la más importante de las editoriales de la posguerra española, insólita en su mundo. Una empresa que no aparece sin embargo como épica. El libro está escrito viendo lo ocurrido desde mucho más tarde. Y en esa maquina que selecciona, el pasado como un todo informe levanta sus cabezas, y el tiempo es flexible, va y viene en unas historias ligadas más por la huella —la experiencia, el aprendizaje— que por la exactitud cronológica, y más por la reivindicación del gesto y el gusto y el personalísimo criterio, que por el intento, de

otro lado inútil, en la imposición de cualquier verdad. Ni siquiera la del tiempo se trata de imponer aquí, en un testimonio del funcionamiento del recuerdo.

El objeto de esta novela está, precisamente, en una confesión. El personaje, años más tarde, acuciado por una prematura sensación de muerte, siente necesidad de dejar testigos, de hacer palabras de explicación. Y si en el tomo que precediera a éste intentó el personaje —que contaba la historia muy por extenso— dejar constancia de marcas sufridas en un cataclismo, en una guerra civil vivida en la infancia, y de una educación perversa y hostil, jaleada por lecturas de contrabando e iniciaciones difíciles, en ésta, sin renunciar a aquel aprendizaje, ni a los mitos que dejó en su persona, habla de las primeras actuaciones y trabajos libres, de esas intervenciones activas, voluntarias, y de cuantas verdades asediaron su comportamiento de adulto. Habla de los personajes que le rodearon, de cómo recuerda a los personajes que le rodearon. Y nunca afirma el ser, sino el parecer.

Como todas las novelas, *Los años sin excusa* se relaciona oblicuamente con la realidad exterior. De ella ha recogido el palpito de una época particularmente difícil para los españoles, el engranaje cultural oficial y extraoficial, en un *impasse* de cuya salida el protagonista fue uno de los principales responsables. Y hay una especial impiedad consigo mismo, en estas confesiones cargadas de esa oscura culpa. Es, en suma, un hermoso y terrible testimonio de nuestro pasado reciente. ■ ROSA MARÍA PEREDA.

## La negritud de Boris Vian

A los treinta y nueve años de edad murió el hombre-orquesta —era escritor de novelas y cuentos, músico y crítico de "jazz", "chansonnier" de cabaret, poeta, experto en mecánica automóvil, ingeniero, maestro en patafísica y muchas cosas más— que llevaba por nombre Boris Vian. Era más polifacético que Jean Cocteau, y también mucho más divertido; sus amigos dicen que poseía, entre otras cualidades, una inmensa ternura. Murió de una misteriosa afección cardíaca, al parecer de origen reumático, que venía soportando desde hacía años, un día 23 de junio de 1959, mientras asistía a un pase privado de la película que se había hecho sobre su novela "Escupiré en vuestras



Boris Vian.

tumbas". La película era bastante floja, y había sido realizada sin su supervisión, pero no cabe suponer que Vian muriese por la vergüenza de verla; hubiera resultado un gesto demasiado patafísico.

"Escupiré en vuestras tumbas" (1) acaba de ser publicado en castellano y es la primera novela que publicó Vian —que antes había escrito ya "Vercoquin y el plancton" (2)—. Le ganó la ambigua fama que sería su destino en esta tierra: a la vez de novelista muy dotado, pues tuvo un notable éxito de crítica, y de fantasista extravagante y escandaloso. Y esto, gracias a la misma historia editorial de la novela: Vian la escribió para una colección destinada a publicar novela negra americana y no la firmó, limitándose a aparecer como traductor. El texto original fue atribuido a un negro americano, Vernon Sullivan, que no había podido publicarla en su país de origen por problemas de censura. El escándalo estalló muy pronto en Francia: su lenguaje crudo, el erotismo rayano en la pornografía de algunas escenas, así como la brutalidad de otras muchas, hicieron que el famoso sector bienpensante del público la considerase un verdadero ultraje a la moral y a las buenas costumbres; mientras, un importante sector de la crítica especializada la ponía por las nubes, considerándola una obra maestra del "famoso escritor Vernon Sullivan". Un tal Daniel Parker, representante de un grupo de ciudadanos honestos e indignados, presentó una demanda judicial contra el libro y su autor. Vian tuvo que presentarse ante el juez. Resultado: su editor y él hubieron de pagar 100.000 francos, por ofensas a la moral y, por otra parte, algunos de los críticos que habían

(1) Azanca-Júcar. Traducción de Juan Alcover.

(2) Ediciones Félmar, "La Fontana Literaria".